

LOS POBRES DEL HEMISFERIO SUR, UN DESAFÍO A NUESTRA FE

ANTONIO GONZÁLEZ DORADO

Introducción

La Iglesia y los cristianos, en esta etapa de nuestra historia, nos sentimos impulsados por el Espíritu del Señor a emprender la tarea de una nueva evangelización en dos espacios marcadamente diferentes a los que convencionalmente hemos comenzado a designar «hemisferio norte» y «hemisferio sur». En el norte se agrupan las naciones ricas, que se autocalifican como países del bienestar y de la abundancia, de la calidad de vida, del desarrollo y del progreso. Dentro de este bloque se encuentran importantes zonas de la vieja cristiandad, como la Europa Occidental y España. Pero en medio de este hemisferio «privilegiado», desde hace años los cristianos comenzamos a advertir el constante incremento de la increencia y de la indiferencia religiosa¹. Así se explica que un tema central y repetido en nuestros encuentros cristianos europeos y españoles sea el de «evangelización e increencia».

La realidad y la problemática del hemisferio sur son acusadamente diferentes. Quedan incorporados a él los países más pobres del planeta, que se les considera subdesarrollados o en vías de desarrollo. En ellos sobresale la presencia de inmensas mayorías, víctimas de la denominada técnicamente *pobreza absoluta*. Los expertos calculan entre mil trescientos y dos mil millones de seres humanos condenados a estos crueles «crematorios». Sus imágenes sangrientas se filtran con una cierta frecuencia en nuestros telediarios e informativos.

También las Iglesias se encuentran presentes en los espacios del sur. Son Iglesias que han subrayado su opción preferencial por los pobres y que han generado un original modelo de evangelización: la «evangelización liberadora». Ante dos mundos y situaciones tan diferentes parece lógico que las Iglesias, en

¹ *Gaudium et spes* (GS) 7.

sus proyectos evangelizadores, se orienten y adapten a las necesidades y problemas de cada uno de ellos, originando dos modelos de evangelización: evangelización de la increencia y evangelización liberadora. Pero caeríamos en un grave error si no advertimos la necesaria, complementaria y estrecha correlación que en nuestras circunstancias actuales hay que mantener entre los dos proyectos. Vivimos en un mundo unificado e interdependiente, en el que todos vamos tomando conciencia de que, al margen de otros factores, la decisión explícita y mantenida de los pueblos del norte por incrementar constantemente su *superdesarrollo* está condicionando la estabilidad e incluso el incremento del subdesarrollo de los pueblos del sur. Hoy debemos afirmar —concordes con el actual magisterio de la Iglesia— que un proyecto de evangelización para los países ricos del norte, que se centrara *exclusivamente* en su problema de increencia, sin asumir con toda su fuerza el clamor angustioso y la denuncia de insolidaridad de los pobres del hemisferio sur, sería una evangelización no sólo incompleta sino incluso infiel al mensaje del Reino de Dios proclamado por Jesús de Nazareth. Son los pobres y las Iglesias situadas en el sur las que cuestionan la fe, el testimonio y el mensaje de los cristianos y evangelizadores que vivimos y desarrollamos nuestra misión evangelizadora en los países del norte, países del bienestar, del consumismo y de la abundancia.

I. Nuestra fe y nuestro mensaje cuestionados desde el hemisferio sur

La palabra «evangelio», en su significado profano griego, equivale a buena noticia. Consiguientemente se trata de una expresión abstracta, cuya concreción depende del contenido del mensaje que se transmite y de la situación de la persona que lo recibe. Así, recordando un acontecimiento fundamental bíblico, el mensaje de Dios transmitido por Moisés a Egipto tuvo características de buena noticia para los israelitas pobres y esclavizados, y de mala y provocativa noticia para el faraón y su corte. A los esclavos Dios les prometía su liberación. Al faraón le exigía su conversión, con importantes consecuencias para el bienestar y los sistemas socio-económicos establecidos en el imperio.

Los pobres y las víctimas de los pueblos del sur, que reclaman un mundo más justo y solidario² y que escuchan de sus Iglesias un mensaje de liberación, nos preguntan: ¿cuál es la *buena noticia* que proclamáis en los países ricos del norte? ¿Proclamáis con energía y testimoniáis con vuestra conducta que el Dios de Jesús está comprometido con nuestra liberación? ¿Promovéis su conversión denunciando proféticamente las dimensiones de insolidaridad y de muerte de su cultura, cuyos efectos nosotros padecemos? ¿Cuál es el mensaje que pretendéis

² Cf. *Evangelii nuntiandi* (LN) I,1-9.

ofrecer a su situación de indiferencia religiosa y de progresiva increencia? ¿Cuál es vuestro proyecto evangelizador? ¿Cuál es vuestra fe?

Son los pobres y las víctimas del sur los que nos recuerdan las severas palabras que el evangelizador Jesús dirigía a los epulones de su época³, y la dura profecía de la carta de Santiago a los explotadores⁴.

Acercándonos a épocas más recientes del descubrimiento y colonización de América, también son los pobres y las víctimas del sur los que nos traen a la memoria el testimonio de aquellos grandes evangelizadores, que no sólo pretendieron transmitir el mensaje del Evangelio a los aborígenes y a los esclavos negros, sino convertir con su profecía a los viejos cristianos del Imperio. Testigos de la situación sangrante a la que quedaban sometidos los nativos africanos, levantaron con fuerza evangélica su voz denunciando la insolidaridad y las injusticias de los nuevos ricos «cristianos», invitándolos a una auténtica conversión. Baste recordar a los dominicos Fray Antonio de Montesinos y Fray Bartolomé de las Casas o al olvidado capuchino Fray Francisco José de Jaca. Ellos fueron la voz de los que no tenían voz, la conciencia en medio del Imperio que cuestionaba la autenticidad de su proclamada fe cristiana.

Con frecuencia advertimos entre nosotros una cierta timidez para la proclamación del mensaje e incluso la tentación de acomodarlo —que no es lo mismo que adaptarlo evangélicamente— a las circunstancias en las que vivimos. Los pobres del hemisferio sur nos preguntan: ¿de dónde nace vuestra timidez y la tentación de recortar el mensaje ante los poderosos de este mundo? ¿Habéis olvidado que vuestro mensaje es el de Jesús, el salvador del mundo, y que tenéis que ser los embajadores de los pobres ante toda la humanidad?

Como afirmaba Pablo VI, «Evangelizadora, la Iglesia comienza por evangelizarse a sí misma... Pueblo de Dios inmerso en el mundo y, con frecuencia, tentado por los ídolos, necesita saber proclamar las grandezas del Señor, que la han convertido al Señor, y ser nuevamente convocada y reunida por Él. En una palabra, esto quiere decir que la Iglesia siempre tiene necesidad de ser evangelizada, si quiere conservar su frescor, su impulso y su fuerza para anunciar el Evangelio»⁵.

Hoy son los pobres del mundo, «sacramentos de Cristo» los llamó Pablo VI⁶, los que nos reclaman esta autoevangelización. Nos piden tres cosas: volver al auténtico Jesús revisando el contenido de nuestra fe, conocer crítica y evangélicamente la situación y la realidad en la que se encuentran los pobres y

³ Cf. Lc 6, 24-26; 16,9-11 y 18-30.

⁴ Sant 5, 1-6.

⁵ EN 15.

⁶ J. BOTERO, *El CELAM. Apuntes para una crónica de 25 años*, Medellín 1982, 136-150.

las víctimas, y replantearnos, desde dicha perspectiva, el testimonio de nuestra vida cristiana. Estos tres desafíos, son el objeto de reflexión.

II. Jesús: evangelio desde los pobres

«Evangelizar constituye la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar». Así lo subrayaba la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, abriéndonos inmediatamente a otras importantes y fundamentales preguntas: ¿Qué es evangelizar? ¿Cómo evangelizar?⁷

Las respuestas básicas a estas preguntas son sencillas. Evangelizar es hacer continuamente presente en la historia y en cada época⁸ la persona y el mensaje de Jesús de Nazareth, visibilizado testimonialmente por su cuerpo que es la Iglesia, y por cada uno de sus miembros, que somos los cristianos creyentes⁹. Pero, sólo lo haremos visible si procedemos al modo y al estilo del mismo Jesús, dado que él no sólo es el primero y más grande evangelizador, sino también el Evangelio de Dios¹⁰.

Los pobres y las víctimas del sur, desde su situación y, mucho más, si han escuchado el evangelio de la liberación, nos cuestionan: ¿creéis de verdad en el Jesús del Evangelio o lo habéis manipulado a capricho velando más bien que revelando el genuino rostro de Cristo?¹¹

En la carta a los Efesios se ha especificado el objetivo de la salvación de Dios anunciada por Jesucristo, marcando dos momentos: uno transhistórico y otro histórico. En el nivel transhistórico se nos manifiesta que el plan de Dios es «llevar la historia a su plenitud: hacer la unidad del universo por medio del Mesías, de lo terrestre y de lo celeste»¹². A nivel histórico se concreta en el establecimiento de la paz entre los pueblos, derribando las barreras divisorias y la hostilidad, para crear una humanidad nueva¹³. Por eso se denomina a Jesucristo como nuestra paz.

El mensaje de Jesús denuncia una situación histórica insolidaria

El mensaje de Jesús, precisamente por ser un mensaje de esperanza y salvación, es simultáneamente una denuncia de la situación de pecado en la que vive la humanidad y una llamada de conversión. En efecto, Jesús, que, lo

⁷ EN 14ss.

⁸ *Redemptor hominis* (RH) 12.

⁹ 1 Cor 12, 27.

¹⁰ EN 7.

¹¹ GS 19.

¹² Ef 1, 8-10.

¹³ Ef 2, 11-16.

mismo que el Dios del Éxodo, ha oído el clamor de su pueblo y la opresión a la que se encuentra sometido¹⁴, desarrolla, en primer lugar, un análisis crítico de la realidad social en la que vive, y que ha sido recogido en el evangelio de Mateo, en el pasaje designado como *el juicio de las naciones*¹⁵. Significativamente él mismo se agrupa e identifica con los pobres¹⁶. Desde dicha perspectiva somete a examen la realidad total, asumiendo como clave de interpretación la insolidaridad y la solidaridad efectivas con las víctimas de nuestro mundo. Jesús constata la existencia de posturas solidarias e insolidarias, concluyendo con toda claridad que los insolidarios no pertenecen al Reino de Dios, anunciado por él, y que son los solidarios los que forman parte de dicho Reino¹⁷.

Pero en el análisis evangélico de la realidad se avanza más, buscando las causas que generan la insolidaridad. Entre las *causas inmediatas* y tangibles se destacan dos: el poder abusivo y vuelto de espaldas a los problemas de los pobres, y la ambición por la riqueza. Sobre los abusos del poder Jesús recuerda a los discípulos que «los jefes de las naciones las tiranizan y que los grandes las oprimen» en lugar de servirlos¹⁸. Duras son las denuncias a la ambición del dinero y a la insolidaridad vivida en la riqueza, cuyo cuadro ha delineado Jesús en la conocida parábola del epulón y Lázaro y sus palabras contra los ricos insolidarios y los que detentan inicualemente el poder¹⁹. En la primera carta a Timoteo (6, 9-10) se afirma que «los que quieren hacerse ricos, caen en tentaciones, trampas y mil afanes insensatos y funestos, que *hunden a los hombres en la ruina y en la perdición*; porque la raíz de todos los males es el amor al dinero». San Pablo ha denunciado la crisis ético-cultural que desencadenan dichas actitudes, observando lo que ocurría en el Imperio Romano de su tiempo, y que tanto parecido tienen con las que emergen y se desarrollan en nuestros países del bienestar y de la abundancia.

Jesús evangeliza desde los pobres

Ante esta situación tan compleja y difícil Jesús no desespera porque tiene conciencia de que Dios lo ha enviado a este mundo, no para que lo juzgue sino para que lo salve²⁰. No renuncia a su vocación de hombre de la paz que, con la promesa de su Padre y la fuerza del Espíritu, pretende reconciliar a todos los

¹⁴ Ex 3, 7-9.

¹⁵ Cf. Mt 25, 31-46.

¹⁶ Mt 25, 40-45.

¹⁷ Cf. para más detalles mi reciente publicación *La buena noticia hoy. Hacia una evangelización nueva*, Madrid 1995

¹⁸ Mt 20, 25-28.

¹⁹ Lc 6, 24-26; 11, 37-54.

²⁰ Jn 3, 17.

pueblos y hombres entre sí, y a toda la humanidad con Dios, y con la esperanza firme de que la historia alcanzará su plenitud cuando el Dios Amor, «lo será todo para todos»²¹; pero, a la vez, procede históricamente manteniéndose fiel al sistema inaugurado por Dios en Egipto, y asumiendo con realismo la situación que ha analizado con todo rigor. La verdadera paz, la querida por Dios y añorada en lo más profundo del corazón de la humanidad, sólo puede construirse mediante un compromiso radical y solidario con los pobres y las víctimas de la sociedad, expresión de la auténtica fraternidad entre todos los hombres.

Así concreta Jesús su misión en Nazareth, asumiendo las palabras de Isaías: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido *para que dé la buena noticia a los pobres*. Me ha enviado para anunciar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos, para proclamar el año de gracia del Señor»²². Significativamente, en el texto se encuentran dos expresiones estrechamente relacionadas entre sí: «una buena noticia a los pobres» y «proclamar el año de gracia del Señor». El año de gracia o año jubilar era una época privilegiada y querida por Dios, época de fraternidad y equidad, de justa redistribución de las riquezas entre todo el pueblo, y de la liberación de los esclavos. Era una época de restauración de la paz en el pueblo de la alianza, un tiempo de buena noticia para los pobres y los oprimidos. La institución del año de gracia en la práctica había quedado abolida. Por eso Jesús dice: traigo una buena noticia a los pobres y a los oprimidos, porque vengo a restaurar el año de gracia del Señor. Jesús es consciente de que la verdadera paz ha de ser fruto de la solidaridad, de la justicia, de la misericordia y del amor, poniendo prevalentemente el corazón en los pobres y las víctimas de la humanidad.

Por eso, su mensaje incluye explícitamente la denuncia y la llamada a la conversión de los ricos y de los poderosos; también para ellos hay una buena noticia: si se convierten a la verdadera solidaridad con los pobres y oprimidos, ellos también participarán de la paz del Reino de Dios, porque Dios no quiere la muerte del impío, sino que se convierta y viva²³.

III. Jesús sale al encuentro de nuestro mundo actual

Juan Pablo II ha destacado que el mensaje social de la Iglesia «pertenece a su misión evangelizadora y forma parte *esencial* del mensaje cristiano, ya que esta doctrina expone sus consecuencias directas en la vida de la sociedad y

²¹ 1 Cor 15, 28.

²² Lc 4, 16-21.

²³ Ez 33, 11.

encuadra incluso el trabajo cotidiano y las luchas por la justicia en el testimonio a Cristo Salvador». Pero dicho mensaje ha de estar encarnado en la problemática real de cada época, atendiendo «a las necesarias y oportunas adaptaciones sugeridas por las variaciones de las condiciones históricas, así como por el constante flujo de los acontecimientos en el que se mueve la vida de los hombres y de las sociedades»²⁴.

Quizás nos encontremos especialmente sensibilizados a este tema por los recientes congresos de resonancia internacional: Congreso Islámico, en Londres; Congreso de Población y Desarrollo, en el Cairo y el encuentro anual del FMI y del Banco Mundial, tenido en Madrid. A éstos se suman los recientes acontecimientos de Haití y de Cuba, la guerra de Somalia y de Ruanda, y el surgimiento de una grave epidemia en la India, ampliamente comentados por los medios de comunicación social. Pero los pobres del hemisferio sur nos preguntan: ¿conocéis realmente nuestra situación y el nivel de responsabilidad que en este hecho tienen los países del norte? ¿Cuál pensáis que sería la postura de Jesús de Nazareth ante estas circunstancias?

Siento temor al acercarme a este tema fundamental. Exposición de estadísticas, análisis de causas, narración de anécdotas sangrientas e incluso proyección de imágenes de víctimas significativas corren el riesgo de afectarnos superficialmente, manteniéndonos parapetados tras la coraza defensiva que hoy predomina en los países desarrollados del norte. Sentiría que no lográramos sintonizar ni captar el dolor existencial de estos hombres y mujeres, hermanos nuestros, diluyendo las consecuencias exigidas por la solidaridad humana y cristiana. Sólo los que han vivido en esos ambientes día a día pueden dar testimonio del desafío que dichas realidades humano-inhumanas hacen a la fe del creyente, como lo comprobamos en tantos que, durante estos últimos decenios, han entregado su vida e incluso su sangre siguiendo el ejemplo de Jesucristo.

1. Una humanidad unificada en la que surge un nuevo humanismo

Actualmente, como consecuencia de los procesos desencadenados por la revolución comercial y por los avances científicos y técnicos de los últimos siglos, nos encontramos ante una humanidad unificada e intensamente comunicada, que nos hace sentir al planeta como la casa común de la humanidad. En este contexto se ha ido desarrollando un nuevo humanismo que subraya la responsabilidad común de todos los hombres y pueblos, que aspira a un progreso y una paz mundiales, proclamadora del respeto a los derechos fundamentales de toda persona humana, y que pretende orientarse a través de tres valores fundamenta-

²⁴ *Centesimus annus* 5; *Sollicitudo rei socialis* (SRS) 3.

les: la libertad, la igualdad y la fraternidad. Particularmente, tras la caída del muro de Berlín, hay una aspiración a la instauración de un nuevo orden mundial; sin embargo, de hecho, nos encontramos ante una situación asimétrica, marcadamente diferenciada, especialmente entre los países ricos del norte y los pobres del sur.

2. Algunos datos significativos de las diferencias

En el informe de 1992 del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, se nos ofrecía el conocido gráfico de la «copa de champán», en el que se exponía la distribución de los ingresos totales del mundo. En la cumbre de este gráfico se sitúan los sectores más ricos, integrados aproximadamente por el 20% de la población mundial. En ellos se disfruta el 82,7% de los ingresos totales de la humanidad. Entre otros índices se calcula que en los países más desarrollados se consume el 70% de la energía mundial, el 75% de los metales, el 85% de la madera y el 60% de los alimentos. Es conocida la cobertura de servicios sociales que se desarrolla en estas zonas del mundo, en las que prevalece de distintas maneras el estado del bienestar.

En la base del gráfico aparecen los más pobres, en los que se acumula otro 20% de la población mundial. Ellos sólo perciben el 1,4% de los ingresos. Si se tiene en cuenta la distribución desigual en el seno de los distintos países, el 20% más rico de la gente del mundo registra ingresos por lo menos 150 veces superiores a los del 20% más pobres. Descendiendo a detalles más expresivos, el informe constata que en estos pueblos hay 250 millones de personas por año que padecen episodios agudos de enfermedades diarreicas, y mueren 4 millones; que hay 1.300 millones que carecen de acceso al agua potable y 2.500 millones que no disponen de servicios sanitarios; que se estima que 135 millones de personas viven en zonas afectadas por la desertización²⁵.

El problema aparece mucho más grave si advertimos que durante los últimos treinta años la brecha entre los países más ricos y los más pobres se ha ido progresivamente ampliando. En efecto, los países más ricos durante este tiempo han ido incrementando su porcentaje de ingreso de 70,2% hasta el 82,7%, mientras que los países más pobres lo han visto disminuir del 2,3 al 1,4%. Las diferencias que en 1960 se establecían de 30 a 1, en 1989 se calculaban ya de 59 a 1. Prácticamente se habían multiplicado por dos.

Dice la encíclica *Sollicitudo rei socialis*: «...dejando a un lado el análisis de cifras y estadísticas, es suficiente mirar la realidad de una multitud ingente de hombres y mujeres, niños, adultos y ancianos, en una palabra, de personas humanas concretas e irrepetibles, que sufren el peso intolerable de la miseria.

²⁵ Programa de las Naciones Unidas para el desarrollo humano. Informe, Bogotá 1992, 87.

Son muchos millones los que carecen de esperanza debido al hecho de que, en muchos lugares de la tierra, su situación se ha agravado sensiblemente. Ante estos dramas de total indigencia y necesidad en que viven muchos de nuestros hermanos y hermanas, es el mismo Jesús quien viene a interpelarnos» (13). Así las Iglesias de América Latina, cuando evangélicamente quisieron describir la dura situación de tantos sectores de su pueblo, optaron por presentar los rostros humanos angustiados y lacerados, tanto en el Documento de Puebla como en el de Santo Domingo, «porque la situación de extrema pobreza generalizada, adquiere en la vida real rostros muy concretos en los que deberíamos reconocer los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela»²⁶.

Ante estos hechos nos preguntamos: ¿Cuales son los factores que los generan?

3. Un mundo interdependiente, asimétrico y jerarquizado

Reconozco que, cuando se intenta clarificar los factores de un fenómeno tan complejo como el que estamos analizando, se corre el riesgo de la unilateralidad y del simplismo. Se tiene el peligro de atribuirlo todo a malévolos voluntarismos de unos pocos, sin tener en cuenta otro conjunto de datos y situaciones objetivas y condicionantes. Pero, teniendo en cuenta esta observación, creo que podemos afirmar los siguientes aspectos.

Es evidente que hoy la humanidad y sus pueblos se encuentran relacionados dentro de un sistema dinámico de interdependencia, de asimetría y de jerarquización. De hecho, la interdependencia sería positiva para todos, mientras no sea manipulada por otros factores negativos.

Nosotros somos testigos de que la actual interdependencia de los pueblos se desarrolla en una bipolaridad asimétrica y creciente. Es el dato que constatamos al comparar la situación de los pueblos más ricos del hemisferio norte con los más pobres del hemisferio sur.

En efecto, en los países desarrollados del norte encontramos una concentración y control del potencial económico, de la ciencia, de la tecnología, y de la información. Esto origina un poder político mundial fáctico, orientado fundamentalmente por el predominante neoliberalismo actual²⁷.

En dichas zonas del bienestar y de la abundancia se ha originado una sociedad que exige constantemente no sólo una estabilidad sino también un crecimiento progresivo de su calidad de vida, a la que condiciona la credibilidad de sus gobiernos e instituciones.

²⁶ Documento Puebla (DP) 31.

²⁷ VARIOS, *Neoliberales y pobres. El debate continental por la justicia*, Santa Fe de Bogotá 1993; J. RAMOS, *Más allá de la economía, más allá de la utopía*, Santiago de Chile 1991.

Más aún, en ellas se ha desarrollado una nueva cultura, la cultura de los satisfechos, caracterizada por el individualismo, el hedonismo y el consumismo, en la que se va imponiendo «le ética indolora de los nuevos tiempos democráticos», según la ajustada expresión de Gilles Lipovetsky²⁸.

Esta complejidad que caracteriza al hemisferio norte, —sin olvidar las competencias que en su interior se desarrollan entre sus tres grandes bloques: Comunidad Europea, Estados Unidos y cuenca del Pacífico—, condiciona el funcionamiento y orientación de las estructuras y mecanismos que él mismo ha generado para establecer sus relaciones con el resto del mundo y especialmente con los países pobres del hemisferio sur. Así lo dejaba constatado la *Sollicitudo rei socialis*: «Es necesario denunciar la existencia de unos *mecanismos*, económicos, financieros y sociales, los cuales, aunque manejados por la voluntad de los hombres, funcionan de modo casi automático, haciendo más rígidas las situaciones de riqueza de los unos y de pobreza de los otros. Estos mecanismos, maniobrados por los países más desarrollados de modo directo o indirecto, favorecen a causa de su mismo funcionamiento los intereses de los que los manipulan, aunque terminan por sofocar o condicionar las economías de los países menos desarrollados. Es necesario someter en el futuro estos mecanismos a un análisis atento bajo el aspecto ético-moral» (16).

Dentro de las limitaciones de este artículo, baste recordar dos ejemplos significativos, relacionados en las restricciones de exportación de bienes y trabajo que el norte de hecho y defensivamente impone a los países pobres del sur.

Según los expertos, las restricciones de los mercados internacionales y la condición de socios desiguales le cuestan anualmente a los países en vía de desarrollo aproximadamente 500.000 millones de dólares, seis veces más de lo que ellos invierten en prioridades de desarrollo humano, como educación básica, atención médica primaria, agua potable y eliminación de la desnutrición. Además, estas pérdidas comerciales son diez veces superiores a la ayuda internacional que reciben del exterior.

Otro hecho es la progresiva selectividad y endurecimiento de las leyes restrictivas a los movimientos migratorios laborales del sur hacia el norte, incluso con el surgimiento de significativas y agresivas expresiones de xenofobia.

Los países ricos se muestran fáciles para recibir profesionales cualificados, amenazando el presente y el futuro de los países en desarrollo. Así, África ya ha perdido la tercera parte de su personal cualificado en beneficio de Europa.

²⁸ *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*, Barcelona 1994.

Sin embargo, cada vez las leyes son más restrictivas en orden a la aceptación de los trabajadores no cualificados, cuyas remesas serían una importante fuente de ingresos para los países más pobres.

Podrían añadirse otros muchos ejemplos, como el de la manipulación de la deuda externa, el comercio del armamento del norte hacia el sur, con escándalos como el no hace mucho descubierto en medio de la tragedia de Ruanda, etc.

Últimamente todos hemos sido testigos, tanto en la Conferencia de El Cairo como en la asamblea anual del Banco Mundial y del FMI, de la resistencia de los países ricos no sólo para incrementar la asistencia oficial al desarrollo, sino incluso para llegar al cumplimiento de los compromisos contraídos, y que habían fijado como meta hacer durante 24 años una aportación del 0.7% del PIB. Hoy, de hecho, los países desarrollados, para ayudar a las necesidades de más de mil millones de pobres absolutos, tan sólo comparten en su conjunto el 0,7% y, además, con criterios y sistemas de distribución muy cuestionables. Así consta que los países pobres que reciben más ayuda suelen ser aquellos que no utilizan bien sus recursos: países con altos gastos militares obtienen aproximadamente el doble de ayuda *per capita* que los países de gastos moderados, y el 25% más que los países con gastos militares bajos.

4. Testigos del misterio de la insolidaridad y de la iniquidad

El análisis de nuestro mundo actual, con sus dos polos del hemisferio norte y del hemisferio sur, nos coloca ante una situación muy similar a la que el Dios del Exodo denunciaba en Egipto, y a la que Jesús de Nazareth condenaba en su juicio a las naciones.

Es cierto que hoy, en el hemisferio norte, el generador del nuevo humanismo, se proclaman grandes principios, se exalta todo tipo de derechos humanos, se multiplican los proyectos y compromisos para establecer un nuevo orden mundial; pero, en desalentador contraste, nos encontramos ante hechos, actitudes y comportamientos que se contradicen con las brillantes y tranquilizadoras proclamas y que nos muestran al «basurero de la historia» repleto de grandiosos diseños internacionales que jamás se llevaron a la práctica. Es un contraste que testimonia la fuerte presencia del misterio de la injusticia y de la iniquidad en nuestro mundo.

Curiosamente la realidad del hemisferio norte ha comenzado incluso a generar en su interior un cuarto mundo de pobreza y dolor, que progresivamente lo desestabiliza. Hans Küng ha conectado este nuevo fenómeno con una crisis ética que afecta a todo el norte-occidental, y que describe de la siguiente manera: «Reina en todas partes una crisis de orientación que a pequeña escala tiene que ver con la frustración, el miedo, la drogodependencia, el alcohol, el sida y la criminalidad de muchos jóvenes y, a gran escala, con los nuevos escándalos políticos, económicos, sindicales y sociales, demasiado frecuentes en

Alemania, Austria, Francia, España, Italia, y también en la autosuficiente Suiza»²⁹.

Pero las denuncias más fuertes, sangrantes y urgentes contra el hemisferio norte provienen del sur, donde la gente no dispone anualmente ni de 400 dólares para hacer frente a sus necesidades más elementales. Los obispos de América Latina, atentos a la realidad de los pobres de su continente, afirman que de estos hombres brota un clamor «claro, creciente, impetuoso y, en ocasiones, amenazante»³⁰. Dicho clamor se ha vuelto a oír recientemente en la Conferencia Islámica, celebrada en Londres, y en las reclamaciones de los representantes de las naciones pobres en la Conferencia de El Cairo. Esto quiere decir que sin una fraternidad y una solidaridad efectivas y con todas sus consecuencias, los poderosos de la humanidad podrán imponer durante un tiempo un orden-desordenado, pero no podrán desarrollar ni alcanzar una verdadera paz entre los pueblos. La paz, como afirma Juan Pablo II, ha de ser obra de la justicia y de la solidaridad³¹. Pero para esto, entre otros y complejos factores, es necesaria una conversión, un cambio de mentalidad, de aspiraciones y de actitudes en los países ricos del hemisferio norte, porque todo él, y para nosotros especialmente Europa, necesita un nuevo espíritu y una nueva conciencia, impulsores de una nueva humanidad.

IV. Revisión de nuestra fe y de nuestro mensaje

Al iniciar mis reflexiones, partía de la constatación de la promoción en nuestro mundo de dos sistemas de evangelización: Evangelización para la situación de increencia y de secularismo, característica de los pueblos de vieja cristiandad situados en el hemisferio norte; y evangelización de la liberación entre los pobres de las naciones depauperadas e integradas en el hemisferio sur. En los primeros prevalece su preocupación por mejorar constantemente su calidad de vida; en los segundos, el clamor angustioso por su mera sobrevivencia.

Creo que es importante también constatar el progresivo fortalecimiento interior que se advierte en las iglesias de la evangelización liberadora, y el debilitamiento en las del hemisferio norte. Eso nos cuestiona, dentro de nuestro mundo de interdependencia insolidaria, si estamos acertando en el camino asumido para la evangelización de la increencia, incluso en un momento en el que se habla de un despertar y de un renacimiento, aunque muy ambiguo, de la religiosidad en la nueva cultura de la postmodernidad. Tenemos que preguntar-

²⁹ *Proyecto de una ética mundial*, Madrid 1991, 25.

³⁰ DP 89.

³¹ SRS 39.

nos si, preocupados de ciertos aspectos importantes, estamos desorientados en la globalidad de nuestro proyecto evangelizador sin hacer presente al Jesús total del Evangelio, su testimonio y su mensaje.

El testimonio de las Iglesias del hemisferio sur

Las Iglesias hermanas del sur han optado por una proclamación del mensaje estrechamente unido a su compromiso preferencial por los pobres y por su liberación. En ellas ha surgido la teología de la liberación, cuestionada en ciertos aspectos, pero reconocida por el papa como auténtica, verdadera y necesaria. Ellas han procurado una incardinación en las culturas de la pobreza y han enfrentado las desviaciones de la denominada cultura adveniente. Han testificado su seguimiento al Cristo pobre con mártires en América Latina, recientemente en Ruanda y en tantas otras partes del mundo. En ellas han surgido figuras como la de Madre Teresa en la India, y la de la cristiana indígena Rigoberta Menchú en las tierras de Guatemala. Son Iglesias sin miedo al progreso y al desarrollo, comprometidas con él, pero que reclaman un desarrollo creativo y humano y, en el contexto de la interdependencia actual, no colonizado, aunque sí con el necesario apoyo solidario de los países del hemisferio norte.

Son estas Iglesias las que cuestionan la orientación de la evangelización nueva o reevangelización que necesita Europa, y en la que nos encontramos comprometidos.

Una evangelización nueva para Europa en solidaridad con las Iglesias del sur

Es evidente, como ha afirmado Juan Pablo II, que «el anuncio [del Evangelio] es siempre más importante que la denuncia, y que ésta no puede prescindir de aquél, que le brinda su verdadera consistencia y la fuerza de su motivación más alta»³².

Pero en las actuales circunstancias de la humanidad, el anuncio ha de ir acompañado de una clara opción o amor preferencial por los pobres. Decía el mismo pontífice: «Hoy, vista la dimensión mundial que ha adquirido la cuestión social, este amor preferencial, con las decisiones que nos inspira, no puede dejar de abarcar a las inmensas muchedumbres de hambrientos, mendigos, sin techo, sin cuidados médicos y, sobre todo, sin esperanza de un futuro mejor; no se puede olvidar la existencia de esta realidad. Ignorarlo significaría parecernos al rico epulón, que fingía no conocer al mendigo Lázaro, postrado a su puerta»³³.

³² SRS 41.

³³ SRS 42.

Esto implica, en primer lugar, que nuestro mensaje ha de ir acompañado de la denuncia profética. «Al ejercicio del ministerio de evangelización en el campo social [fundamentalmente presente en la doctrina social], que es un aspecto de la función profética de la Iglesia, pertenece también la denuncia de los males y de las injusticias»³⁴. El Evangelio no pretende un fácil y acomodaticio resurgir religioso, sino una conversión que establece un cambio y una nueva actitud en relación a Dios, *al pecado cometido y a sus consecuencias* y, por tanto, al prójimo, individuo o comunidad. Es Dios, en cuyas manos están los corazones de los poderosos, y los de todos, quien puede, según su promesa, transformar por obra de su Espíritu, los corazones de piedra en corazones de carne»³⁵. En Egipto, mediante Moisés, Dios fue al encuentro del Faraón denunciando su actitud, invitándolo a la conversión, y exigiendo la liberación de un pueblo esclavizado. Hoy Cristo envía a su Iglesia a los pueblos del norte con una misión similar, abriéndolos a dos posibilidades: promocionar la paz de la humanidad, o terminar otra vez en su propia destrucción.

Pablo VI constataba que «el hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escucha a los que enseñan es porque dan testimonio»³⁶. Atendiendo a esta observación es evidente que la Iglesia y cada uno de los cristianos no podemos reducir nuestra solidaridad a un anuncio del mensaje y a una denuncia profética de los desequilibrios de nuestro mundo y de las causas que los generan. La Iglesia y los cristianos hemos de ser testigos, de diferentes maneras, de solidaridad con el cuarto mundo y con los pobres del hemisferio sur.

Así, en la *Sollicitudo rei socialis* se afirma que «pertenece a la enseñanza y a la *praxis* más antigua de la Iglesia la convicción de que ella misma, sus ministros y cada uno de sus miembros están llamados a aliviar la miseria de los que sufren *no sólo con lo superfluo, sino con lo necesario*. Ante casos de necesidad no se debe dar preferencia a los adornos superfluos de los templos y a los objetos preciosos del culto divino; al contrario, podría ser obligatorio enajenar estos bienes para dar pan, bebida, vestido y casa a quien carece de ello». Y añade el Papa: «Por mi parte, deseo insistir también sobre su gravedad y urgencia, pidiendo al Señor fuerza para todos los cristianos a fin de poder pasar fielmente a su aplicación práctica» (31).

Se recuerda «el papel preponderante que cabe a los laicos, hombres y mujeres, [... dado que] a ellos compete animar con su compromiso cristiano, las realidades testimoniales y, en ellas, procurar ser testigos y operadores de paz y

³⁴ SRS 41.

³⁵ SRS 38.

³⁶ EN 41.

justicia». Más aún, en el mismo documento se insiste en que la Iglesia y sus comunidades han de ser creadoras e impulsoras de obras y movimientos de solidaridad efectiva abiertos a todos los hombres de buena voluntad, y colaboradora con obras y movimientos similares promovidos por otros.

Somos conscientes de la complejidad de los problemas que nos rodean y de las resistencias ambientales que vamos a encontrar. Si somos cristianos «no se justifican ni la desesperación, ni el pesimismo, ni la pasividad. Aunque con tristeza, conviene decir que, así como se puede pecar por egoísmo, por afán de ganancia exagerada y de poder, se puede también faltar —ante las urgentes necesidades de unas muchedumbres hundidas en el subdesarrollo— por temor, indecisión y, en el fondo, por cobardía. Todos estamos llamados, más aún, obligados, a afrontar este tremendo desafío de la última década del segundo milenio»³⁷.

ANTONIO GONZÁLEZ DORADO

³⁷ SRS 32; 47.